



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 16. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Abril 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Provincias: Tres meses, 5,00 id.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »			
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »			
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »			

SUMARIO.

Un devoto de la Inmaculada, por Fernan Caballero. — Ceremonias religiosas: Domingo de Pascua en Roma, por José Pastor de la Roca. — Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — La Campana de la Venganza, por J. F. Sammartín y Aguirre. — En globo de París á Noruega, por Ricardo Villaseñor. — Los jardines de la Granja. — La Judía de Toledo, por la Condesa de Araceli. — El antifaz de terciopelo, por B. Feijóo y de Mendoza. — Explicación del figurin. — Variedades: Los mineros, por Nicasio Alvarez. — Correspondencia. — Charada.

GRABADOS. — Cristóbal Colon meditando la conquista de un nuevo mundo. — Los jardines de la Granja. — La Judía de Toledo. — Alfonso VIII rasgando el pergamino de privilegios presentado por los judíos. — Los mineros. — Rodaja para sacar patrones.

UN DEVOTO DE LA INMACULADA.

TRADICION.

I.

Madre Virgen soberana,
de los hombres protectora,
de los ángeles señora,
fuente viva, donde mana
consuelo eterno al que llora.

(Fernando de Gabriel).

Si no diciendo estas mismas palabras, animado de estos mismos sentimientos, viase postrado en un hermoso día del año 1484, ante una imagen de la Inmaculada Concepcion á un hombre, pobre y humildemente vestido, caída la cabeza sobre el pecho y llevando un niño de la mano.

La imagen ante la cual estaba arrodillado era un cuadro pintado al fresco por Antonio de Rincon, pintor de los Reyes Católicos, colocado por estos á la entrada del patio de banderas del alcázar de Sevilla, en el mismo lugar en que hoy se encuentra un retablo con una preciosa imagen de bulto de la Señora, que reemplaza á la pintura de Rincon, de la cual se ignora el paradero y que quizás destruiria el tiempo.

Prostrado estaba aquel hombre ante la veneranda imagen de la Madre de Dios, señora de los ángeles y fuente de consuelo al que llora, representada allí con su celeste manto de pureza, alzado al cielo su divino y dulce rostro, cruzadas sus albas y benditas manos, en ademán de implorar á su Hijo del cielo por sus hermanos de la tierra en su advocacion más propia, la de Inmaculada, la misma bajo la cual el más católico de los pueblos la aclamó Reina y Patrona de España; de España, cuyos hijos se han esforzado siempre en dar inequívocas muestras del entusiasmo amor y culto que profesan á María. Tanto los Reyes (1), que no han cesado de solicitar del Romano

Pontífice la definicion dogmática de su Concepcion sin mancha, como las Ordenes y Maestranzas de caballería; tanto las hermandades, cuyos individuos juraban al recibirse en ellas en esta forma: «Diré, sentiré y confesaré que la Señora y Virgen Madre de Dios, Santa María Señora nuestra, fué concebida sin pecado original,» como el pueblo, que estereotipó su fé con sólo estas tres palabras, generalizadas como la luz, Ave María purísima, y que en todas sus aficciones y necesidades, acude á su Santa Patrona, cual no há mucho lo hizo en aquella de-

nado siempre este cantar, tan cotidiano á nuestros oídos desde que nacimos?

«Todo el mundo en general,
á voces, Reina escogida,
dice que sois concebida
sin pecado original.»

Mas aún nos falta mencionar á un ferviente devoto del Misterio de la Inmaculada Concepcion de María: lo hemos dejado para lo último, y puede que en esta ocasion, como en otras muchas, sean en alta esfera los últimos los primeros. Es un pobre negro, que, viendo en el siglo XVII atacado aquel Misterio, se vendió á sí mismo en el sitio donde no hace muchos años existia aún en esta ciudad una cruz que, en memoria de tan sublime abnegacion, conservaba el nombre de Cruz del Negro, para costear con el producto de su venta una solemne funcion de desagravio á la Señora.

Pero volvamos á la época en que principia nuestro sencillo relato, época, aunque lejana, tan unida en su fé y en su devocion á María con otras más recientes.

Algun destello de esperanza brillaba en los inspirados aunque abatidos ojos de aquel hombre triste, que la desgracia parecia oprimir sin rendirlo, y cuyo ánimo luchaba contra ella, como luchan aquellos á quienes sostiene una firme fé y alienta un altísimo pensamiento.

La causa que producía aquel destello de esperanza que á veces brillaba entre las sombras que oscurecían sus miradas cual una estrella entre

opacas nubes, era una carta que apretaba contra su corazón. Esta carta hallábase escrita por un fraile y dirigida á otro; pero era el que la habia escrito Fr. Juan Perez de Marchena, guardian de la Rábida, y aquel á quien iba dirigida Fr. Fernando de Talavera, confesor de la gran Reina Isabel la Católica.

II.

Sufrir con ánimo igual,
alma, lo que más lastima,
que la más áspera lima
limpia mejor el metal.

(Antiguo).

Años despues, en aquel mismo lugar y ante la misma imagen, veíase de nuevo postrado al mismo devoto; pero esta vez el destello de esperanza que animaba ántes sus ojos habia desaparecido; era su ánimo un cielo sin estrellas, y parecia ofrecer en una desconsolada, pero mansa resignacion, sus ajetadas ilusiones á la Señora, cual en aza-



CRISTÓBAL COLON MEDITANDO LA CONQUISTA DE UN NUEVO MUNDO.

fensa de su patria, de su ley, de su rey y de su fé, que no hay español que no recuerde con inmensa gloria, ni habrá generacion futura que no escuche sin asombro, defensa en que repetia la siguiente décima, compuesta por él, y en la cual, como en toda poesia popular donde nada es el arte y todo el corazón, pintaba verídicamente su sentencia:

«Bonaparte subió al cielo,
de Dios á solicitar
le dé reinos que mandar
en Europa, fértil suelo.
Dios condescendió á su anhelo,
dándole cuanto le cuadre;
y al pedirle á España al Padre,
el Hijo le respondió:
¿Cómo es eso? España no,
que es el dote de mi Madre.»

Y, finalmente, ¡caso los niños, desde el príncipe de Asturias hasta el de la clase más humilde, no han ento-

Ayuntamiento de Madrid

(1) Entre ellos Felipe V, que en este mismo alcázar escribía en 1732 al dean del cabildo catedral, despues de haberlo hecho al Pontífice, con el fin de que se interesase «con nuevas instancias para la definicion de este sagrado misterio, haciendo por vuestra parte, á Su Santidad, la más humilde y reverente súplica para que se digne concluir y terminar esta causa, tan deseada de los fieles.»

fate de plata flores marchitas. Señora, decía, á vos, sér puro y predestinado, os ofrecí levantar vuestro estandarte al lado de la cruz que la luz llevara á ignorados países. No puedo realizar mi intento, porque los hombres unos me creen loco, otros desconfían de mí, y el único que favorecerme quiso no ha podido conseguirlo. Conforme está mi razón con mi desgracia y con mi triste impotencia, contra la que se estrella mi larga perseverancia; pero mi espíritu desfallece al ver que no puedo darle cima á una obra que habria asombrado al orbe y llevado la luz á perdidas generaciones. ¡Cúmplase la voluntad de Dios; pero intercede, Señora, para que sea algun día favorable al intento que bajo tus auspicios llevar quisiera á cabo!

III.

Inagotable fuente de consuelo,
Madre del Salvador y Madre mía,
cuya mirada regocija al cielo,
de cuya luz es sombra la del día.

(Manuel Cañete).

¿Fué acaso oída su plegaria? Ello es que, no bien pasados quince meses, postrábase de nuevo aquel hombre ante la misma imágen; pero no ya abatido, triste y pobre: su cabeza estaba erguida; en sus ojos resplandecía la entusiasta expresión del mayor y más noble triunfo; de sus labios brotaban ardientes acciones de gracia al presentar á su santa patrona cuatro habitantes de otro hemisferio, súbditos ya de la reina de Castilla y adoradores de su Dios, y, cual otro Rey de Oriente, oro, el primer oro de remotas regiones, y que se destinó á una cruz que se ve hoy en el tesoro de la catedral.

Poco despues, la Reina Católica decía enajenada, y el mundo entero repetía asombrado:

«A Castilla y á Leon, nuevo mundo dió Colon.»

FERNAN CABALLERO.

CEREMONIAS RELIGIOSAS.

DOMINGO DE PÁSCUA DE RESURRECCION EN ROMA.

I.

Todavía no se había borrado de mi imaginación la tristeza del fúnebre ceremonial del viernes; mi pecho parecía comprimido aún por el peso de la angustia que me poseyera... Tan al vivo habla al alma el dramático argumento tan artísticamente interpretado, con tal solemnidad conmemorado, y para cuya descripción no ha inventado conceptos el lenguaje.

Había visto el Sábado Santo en la Capilla Sixtina los oficios matutinos, y sobre todo el bautismo de los hebreos convertidos en San Juan de Letran, ceremonia que me enterneció y me hizo verter lágrimas de júbilo, como las vertían también aquellas felices criaturas vestidas de blancas túnicas flotantes, con cíngulos de seda y oro, y coronadas de laurel y rosa: parecíame oír todavía aquel tropel de niños que, con el mismo entusiasmo, aunque con más orden que los de nuestros pueblos, recorrian las calles de Roma, atronando con sus matracas, sus castañuelas, sus martillos y cigarras, precipitándose en masas bulliciosas, frenéticas, á los pies de los caballos de los *vetturini*; á las puertas de las tiendas *dei maccaroni*, de las iglesias y de los conventos, bajo las carrozas blasonadas de la prelatura, de las damas y de los señores de la alta nobleza y delante de las lógias ó balcones de las calles que componen la *Strada papal*, para arrebatarse á porfía las nubes de estampas, de aleluyas, de confituras sueltas y en cucuruchos y de grupos alegóricos, entre el estrépito del tiroteo y del vuelo de las campanas que tocaban á Gloria, y que cesaron luego con todos los demás ruidos, para caer de nuevo la ciudad en esa especie de marasmo que un esfuerzo artificial parecía haber tratado de desterrar por un momento, en vano, porque la hora del regocijo no había sonado aún, por más que una ceremonia de rúbrica haya adelantado la de la Resurrección. El silencio, la soledad y el luto del día anterior se reprodujeron, y Roma entera, aún á pesar suyo, fué paulatinamente asociándose de nuevo al duelo que reflejaba la fisonomía de sus moradores, la extinción de sus mil ruidos y la inacción absoluta de sus talleres.

II.

El cañon del castillo de San Angelo anunció la aurora del Domingo y dió la primera señal de regocijo, á la cual respondieron como un golpe mágico todas las campanas de las trescientas iglesias de la ciudad, á doble vuelo.

El cielo puro, con algun ligero arrebol, parecía sonreír

también, y sonreía el ambiente refrigerado por las áuras matutinas y poetizado por el gran cuadro de la naturaleza, tan primorosamente desarrollado en aquella hora, en aquellas circunstancias y en aquel sitio.

La población entera con sus setenta mil extranjeros, atraídos unos por curiosidad y otros por devoción, empezaba á invadir las calles y plazas, trasportada de gozo, y por decirlo así, de un embriagador delirio que se retrataba en todos los semblantes, animados por el entusiasmo y por la fe, que ejercían visiblemente un poderoso contagio.

Pero abandonemos este punto, y marchemos á San Pedro sin perder momento, porque la multitud engruesa y se precipita instintivamente hácia la gran plaza, ocupando el vasto pórtico, los resaltes y sitios preferentes y agitando en mil rumores, como un enjambre numerosísimo tenazmente estimulado.

Y sin embargo, todavía en el crepúsculo con sus rosadas tintas y su ambiente nacarado y débil, todavía en el pabellon purpúreo de la aurora, y allá en el fondo azul del cielo brilla alguna que otra estrella fugitiva con un esplendor pálido.

Contemplé por un momento con éxtasis aquel cuadro de armonía, en medio del cual el poder creador de la fantasía gozaba en la plenitud de su arrobamiento, y entré en la gran basílica empujado por un impulso irresistible.

Qué aspecto tan grandioso! Qué pompa tan suntuosa!

Los más ricos ornamentos, los más preciosos vasos y paramentos místicos, candelabros, cruces, palanganas, cálices, incensarios, etc., de plata y oro, brocados, seda y pedrería, todo lucía por do quier en los altares, en las capillas, en los ternos y en las colgaduras, junto al sòlio pontificio, bajo un soberbio dosel de tisú, en los bancos del Sacro Colegio y en todo el resto de la basílica, hecha un áscua de luz en medio de nubes de incienso, todo lo cual daba á aquel soberano recinto un golpe de vista fantásticamente fastuoso.

Las avenidas del pórtico y de la gran nave hasta la *Confesion de San Pedro*, estaban ocupadas por los regimientos pontificios, mientras que la Guardia Suiza, la Noble y el Estado Mayor de las tropas romanas, vestidos todos de gran gala, desplegábanse en rededor del Pontífice, el cual fué recibido en el mismo pórtico por el cabildeo del Vaticano, presidido por el cardenal Arcipreste.

Las tropas desfilaron por delante de la estatua de Constantino, y los tambores batieron marcha, las campanas se echaron á vuelo y los clarines de la Guardia Noble se asociaron al ruidoso concierto.

Cuando Su Santidad franqueó los umbrales del templo, los coros de la Capilla entonaron la antifona *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*, y el auditorio no pudo ménos de experimentar un efecto indescriptible, sobre todo cuando conducido sobre la *Sedia gestatoria*, su venerable figura avanza, columpiándose en el aire sobre aquel mar de cabezas humanas, como un sér sobrenatural, como un semidios, *major homini, minor Deo*, hácia el altar de la confesion, en cuyo punto descende de las andas, llora un momento, ántes de ocupar su asiento en el trono de Tercia, donde recibe el homenaje del Sacro Colegio.

La misa empezó entonces cantada por el Papa y oficiada á plena orquesta, con la cual alternaban los órganos de la basílica, y despues tuvo lugar desde el balcon de la Verónica la exposicion de las tres reliquias llamadas Mayores: la verdadera Cruz, la Faz del Salvador y la Lanza; durante cuyo acto, verdaderamente solemne y conmovedor, se prosterna la multitud y las adora en medio de un silencioso recogimiento.

III.

Faltábanse todavía experimentar otra sorpresa, la más grande tal vez de todas las que experimentara hasta entonces. Iba á asistir á la bendición papal, á ese acto imponente que es uno de los acontecimientos más grandes que imaginarse puede.

La plaza de San Pedro presentaba un golpe de vista superior á toda ponderación. Figúraos mil quinientos ó dos mil coches de un lujo régio, blasonados, ordenados en fila preferente, con sus magníficos caballos de gran gala y su correspondiente servidumbre de lacayos, cocheros etcétera, ocupados por cardenales, príncipes, embajadores, prelados, damas é individuos de la alta aristocracia romana y extranjera, mientras que en el centro de la gran plaza y junto al obelisco, se desplegaban tropas de infantería y caballería, dragones pontificios y zuavos con su pintoresco uniforme, formando cuadro, en medio del cual las músicas de los repetidos cuerpos tocaban aires escogidos. Por último, el resto de la plaza hasta las puertas mismas de San Pedro veíase obstruido por una multitud tan numerosa, que hubo quien, sin exagerar la

cifra, calculó en cien mil espectadores, todos entusiasmados, anhelantes, poseídos como yo lo estaba de un no sé qué de grandioso que nos traslimitaba de nuestro sér mezquino, sublimando el espíritu á otras regiones y divinizándonos, por decirlo así, fuera de la esfera mortal que nos materializa y deprime.

Allí, desde el sitio preferente donde me hallaba, dice un viajero que participó de nuestras emociones mismas, mis miradas contemplaban aquella inmensa muchedumbre palpitante de entusiasmo, oía tronar el cañon de San Angelo que hacia una descarga general entonces, á la cual mezclábanse el redoble de los tambores, el toque de las mil trompetas que precedían y anunciaban la aparición del Santo Padre, juntamente con el estrépito de todas las campanas de Roma.

—*Ecco, Ecco!* gritan cien mil voces, y las cabezas, por un impulso maquinal y uniforme, se descubren y el clamoreo redobla su diapason anárquico, y las campanas, las músicas y los tambores, multiplican su atronador concierto, dominado á determinados intervalos por los disparos de la artillería de San Angelo: era uno de esos momentos de que sólo pudiera dar una idea imperfecta la horrible confusion de una gran batalla.

—*Ecco, Ecco!* grita otra vez la multitud de todos los ángulos de la gran plaza, y por un movimiento instintivo se prosterna de frente al balcon de la basílica, donde aparece otra gran sorpresa que estaba yo bien lejos de esperar por mi parte en medio del alucinamiento que me poseyera.

VI.

Grandioso era, por demás, aquel nuevo espectáculo, superior á toda ponderación bajo cierto punto de vista.

Los miembros del Sacro Colegio, en su mayoría, con mitra blanca; el episcopado de Oriente y Occidente, representado por cuarenta y seis individuos; la prelatura romana con sus lujosos hábitos tálares y sus mantos de gala, sus cruces y atributos; los generales de las Ordenes monásticas con sus distintivos; el clero laical con sus cánones y magistrales al frente, todo el cortejo pontificio, en fin, desplegábase en la gran lógiá con toda la gravedad gerárquica de su órden y de su importancia relativa, con toda la pompa mística de sus funciones, en medio de aquella ovación triunfal tan grandiosa.

Sobre aquella multitud de eminencias, apareció á la vez columpiándose de nuevo en el aire, cerniéndose como un génio, una figura blanca y venerable que lo dominaba todo material y moralmente, y era á la vez el punto de atracción general de la multitud, que á su vista guardó un profundo silencio, prosternada, inmóvil, bajo la presión de una especie de encanto.

Era el Vicario de Jesucristo conducido de nuevo sobre le *Sedia gestatoria*, cubierto con la triple diadema, y el cual, haciéndose aproximar á la baranda del gran balcon, recitaba una oración y leía en un riquísimo diurno de rezo que sostenía á su lado un obispo, mientras que otro alumbraba con un cirio, ámbos de rodillas.

Cuando hubo terminado, el santo anciano se levantó majestuosamente, abrió los brazos elevándolos al cielo, como para impetrar la bendición que iba á dar al pueblo, trazó en los aires una cruz simbólica y volvió á juntar las manos sobre su pecho, como un padre que estrecha sobre el corazón á su hijo: este hijo era Roma, era el orbe entero en aquel instante.

Confieso que esta ceremonia, cuya parte mimica era en sí tan insignificante á primera vista, produjo un indecible efecto en aquella muchedumbre que todavía permaneció arrodillada un momento, dominada por una emoción profunda, á la cual no pude ménos de asociarme asombrado.

Nunca, en verdad, la gran figura de Pío IX me había parecido tan magestuosa y sublime: su elevada talla, sus blancos cabellos plateados como la nieve, tanto como la riquísima alba que vestía, la tranquila expresión de su semblante, franco, dulce y reposado, el sereno movimiento de sus brazos, el balanceo suave de aquella hermosa figura casi aérea, más que humana, rodeada de aquellos accesorios.... Oh! confieso que no puedo imaginar espectáculo más grande en la tierra.

Un *amen!* general respondió á las últimas palabras de Su Santidad, que tornó á sentarse entonces.

—*Amen!* repitió la multitud varias veces, con un *crescendo* rápido de campanas, los tambores, las trompetas y bandas militares y el cañon del castillo de San Angelo, atronaron de nuevo los aires, resonando, como afirma un testigo ocular, hasta las montañas de la Sabina y del Lacio.

Mientras tanto, los dos Cardenales asistentes leían en latín y en italiano las fórmulas del indulto plenario concedido á los fieles, y se distribuían luego al pueblo impresas en ámbos idiomas.

—*Aleluya, aleluya, aleluya!* gritaba todo aquel gentío al disolverse, apenas desapareció el Pontífice con su séquito; y esta palabra multiplicada admirablemente en todas las divisas gerárgicas de la nobleza y de la prelatura, en las banderas militares y del clero, veíase por doquier reproducida en las escarapelas de los sombreros de los transtiberinos y de la clase del pueblo, en las tocas de las señoras y hasta en las muestras de las tiendas públicas.

Todo era regocijo, todo reboaba júbilo, y el público se entregaba frenético á los más exajerados trasportes. Repetíanse los cánticos en las iglesias, alternando con las antifonas de rúbrica, estrofas del *Eccehomo*, versículos del *Te-deum* y motetes bíblicos de excelente efecto. El *magnificat* se cantaba á plena orquesta en Santa María la Mayor por coros de infantillos, y esta armonía celeste, que tenía el inapreciable don de lo inmaterial por su melodía, hacía verter lágrimas de ternura, llenando el alma de una fruición inefable y religiosa.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion.)

XII.

Terminado con aprovechamiento el estudio de la sagrada teología, volvió el Sr. Bono Serrano á su país natal, donde ordenado de presbítero, se consagró con piadoso celo al ejercicio de su santo Ministerio, celo que mostró especialmente en 1834, cuando fué Alcañiz invadida por el cólera-morbo, como casi todas las poblaciones de España. Ni antes, ni despues de aquella terrible calamidad, le impidieron los graves deberes del sacerdocio continuar con teson el cultivo de las letras.

No bien llegó á Zaragoza, al volver de Valencia, saludó á la ciudad heroica con el soneto siguiente, que publicó en el diario de aquella capital:

Modelo de valor y de constancia,
Otro tiempo ciudad, ruinas ahora,
Tu diestra no domada, aterradora
Aún extremece á la orgullosa Francia.
Sus ínclitas victorias, su arrogancia
A tu planta enmudecen triunfadora,
Al ver tu nombre, que el laurel decora
A par del de Sagunto y de Numancia.
El yugo de extranjera tiranía
A rechazar aprendan las naciones
Con tu heroísmo, Augusta, sin segundo.
Pues la fiera pujanza y osadía
Estrellándose aquí de cien legiones,
Tú sola hollaste al opresor del mundo,

Cuando despues de algunos años de ausencia, con motivo de sus estudios, pisó de nuevo el pátrio suelo, dirigió un tierno romancillo á la fuente de la Loba, que por tener setenta caños, es la más notable de las muchas fuentes, que fecundizan y embellecen la ciudad de Alcañiz. Copiaremos algunos versos de dicho poemita, que comienza así:

Loor, loor á tus aguas,
Pura y cristalina fuente,
Gloria de la pátria mia
Y vida de estos vergeles.
De júbilo y complacencia
Mi corazón salta al verte,
Muy más que las arenillas,
Que en tu fondo se remueven.
Desque mi oído no halagas
Con tu murmurio perenne,
Diez veces giró la tierra
En torno del sol fulgente.
Permíteme que en tu márgen
Embebecido contemple
Las bellas transformaciones,
Que estas llanuras te deben.
Por tí de verdor se visten,
Por tí la rosa florece,
Y de oro y grana sus hojas
Pomposo el clavel extiende.
Tú eres madre de ese arroyo:
Tú benéfica mantienes
Las lozanas arboledas,
Por cuyas calles se pierde.

Omitidos algunos versos por la brevedad, continuamos copiando:

¡Oh sitios, felices sitios,
Teatro de mis niñeces!

¡Cuanto halagüeño recuerdo
Hoy ofreces á mi mente!
En estos álamos blancos
El nido cogí mil veces
Del pintado gilguerrillo
Y del ruiseñor doliente.
En ese limpio remanso,
Que apenas las ondas mueve,
Con el engañoso cebo
Solía prender los peces.
En las vecinas llanuras,
Veloz como el viento leve,
Tras jugueton cabritillo
Corría y triscaba alegre.
En aquella estéril rambla,
O en esa pradera verde,
Las incautas avecillas
Aprisionaba con redes.
¡Oh fresno, tu grata sombra
Me cubría, cuando Euterpe
Puso el blando caramillo
En mi labio balbuciente!
Oh alegrías inefables!
Oh deliciosos placeres!
Con mis cándidos Abriles
Volásteis ya para siempre.
De mis lágrimas y ruegos
Movida por fin la suerte,
Al regazo de mi pátria
Hoy bondadosa me vuelve.
Amena y fértil ribera,
De paz y ventura albergue,
Despues de suspiros tantos
Ya torno feliz á verte.
Ya torno á oír el murmurio
De esta sonora corriente,
Que del ánimo afligido
Los pesares adormece.
Cuán copiosa oh fuente manas!
Por bocas diez veces siete,
A pesar del seco estío
Líquidos cristales viertes.
Tú eres la gala y delicia
De ese prado floreciente,
Donde bellas y galanes
Solaz á sus penas tienen.
Sigue en tu plácido curso,
En tanto sus ondas vuelguen
Los sesgos rios de España
En el mar del Occidente.

Muy poco despues de escribir los anteriores versos, el Sr. Bono Serrano, volvió á ver al anciano Mor de Fuentes en Monzon, cuna del infortunado escritor, del que hablaremos de nuevo en estos artículos. Por ahora sólo diremos que el buen viejo hospedó amistosa y paternalmente al poeta alcañizano, y le regaló además todas sus obras literarias, cuyo obsequio sería sin duda lo que más agradecería el Sr. Bono Serrano. Así lo debemos colegir por los versos que éste dirigió entonces al obsequioso amigo, aludiendo al poema descriptivo de las *Estaciones del año*, obra del viejo escritor. Véan nuestros lectores alguna muestra del romance del joven sacerdote en loor del digno imitador de Thompson y Saint-Lambert:

Por qué en el polvo, Fileno,
Tu plectro olvidado yace,
Orillas del pátrio Cinca
Que tanto ansia escucharte?
Algun día embebecido,
Paró sus raudos cristales,
A la par que sus zagalas
Te sonrieron amables;
Cuando del divino Thompsom,
Emulo digno, cantaste
Por las florestas y egidos
De esta deliciosa márgen,
Las galas de primavera,
La mies de estío abundante,
Los racimos del Octubre,
De invierno los vendabales.
Sigue, sigue, dulce amigo
En tu canto infatigable,
Y llegarás nuevas glorias
A las futuras edades.
Sigue feliz renovando
Por estos amenos valles
De mil cisnes armoniosos
Los acentos agradables.
Todavía esa cañada
Que las ondas puras lamen,

De los cultos Argensolas
Hoy repite los cantares.
De Luzan magestuoso
¡Oyes los tonos marciales,
Que anuncian de Orán vencida
Caidos los baluartes?
¡Qué importa que la ignorancia
Del negro caos imágen,
Al resplandeciente Génio
Por oscurecer se afane?
Sus sombras de horror y luto
Luego verás disiparse,
Cual de la noche las larvas
El sol ahuyenta y esparce.
Entonces desde Pirene
Hasta el apartado Calpe,
De la poesía el astro
Se mostrará radiante.
Oh! luzca luego la aurora,
En que sin pardos celages,
En el hispano hemisferio
Toda su lambre derrame.
Luzca y volará en triunfo
El idioma de Cervantes;
Desde las pátrias riberas
Hasta más allá del Ganges.
No temas, no, que la muerte
Con sus alas funerales,
De la tumba en el ocaso
Nuble tus lauros brillantes.
La verdad perenne luce
En las urnas sepulcrales,
Y á sus destellos campeon
Los blasones de los vates.
Allí hiedra vividora
Y rama délfica nacen,
Una guirnalda formando
Con sus hojas inmortales.
Pasan rápidos los siglos,
Y todo á su impulso cae,
Mientras el prez del Poeta
Queda cual roca inmutable, etc.

En 1833 publicó el vate alcañizano en Zaragoza otro poemita de más importancia y entonacion en loor de la Virgen del Pilar, que comenzaba con este verso:

«Canto el arribo de la Madre-Virgen.»

Este ensayo poético fué refundido y amplificado por su autor algunos años despues, escribiendo un canto en cien octavas, que se imprimió en Guadalajara por primera vez en 1846. También en el citado año 1833 escribió varias de las inscripciones poéticas con que el Ayuntamiento de la Ciudad heroica adornó la fachada de las Casas Consistoriales en la solemne proclamacion de doña Isabel II. De todos los versos, que en aquella ocasion escribió el Sr. Bono Serrano, los mejores son los dos sonetos, que á continuacion insertamos.

A ZARAGOZA EN LA PROCLAMACION DE S. M. LA REINA.

SONETO PRIMERO.

Es terror el leon de la campaña,
Cuando al herirle volador acero,
Sacude su melená, ruge fiero,
Y la sangre se lame, qué le baña.
Olvida empero su violenta saña,
Ya trasformado en cándido cordero,
Si al quegido responde lastimero
Su leona asomando en la montaña.
Zaragoza inmortal, no de otra suerte
El audaz triunfador tembló de Jena,
Al querer domeñarte á su coyunda.
Mas tu ruda fiereza se convierte
En ternura y amor, desde que suena
El dulce nombre de Isabel segunda.

DOMINGO HÉVIA.

(Se continuará.)

LA CAMPANA DE LA VENGANZA.

(TRADICION ARAGONESA).

(Continuacion.)

VIII.

¡Cual fué la repentina causa para que D. Ramiro, despues de haber conferido á D. Pedro Tizon, plenos poderes de privanza, obrase un tan ejemplar castigo en la persona del mismo?—se preguntarán nuestros lectores.

Más nosotros, valiéndonos del privilegio concedido á todo escritor, de disponer del tiempo á su antojo, tendremos que retroceder algunos días, para ponernos al corriente de los sucesos que motivaron el desenlace de esta verídica historia.

Después que el conde Arnaldo, cumpliendo las órdenes del monarca, llegó á los umbrales del monasterio de San Ponce de Tomeras, uno de sus primeros actos fué mandar al lego guardian, anunciase su llegada al reverendo abad, añadiéndole le hiciese presente que era portador de un mensaje del rey.

Sólo, y entregado á su piadosa lectura, se hallaba fray Frotardo, cuando le fué anunciada por el hermano guardian, la inesperada visita del conde.

—Un mensaje del rey!—pensó para sí,—algo grave le pasa á mi amado Ramiro,—y sin levantar la vista de su libro de rezos, exclamó:

—Decid á ese caballero que entre.

El conde Arnaldo entró en la celda del abad, y des-

Cuando D. Ruy á ruegos de su amigo el conde de Monteagudo, salió de Huesca en dirección al monasterio de San Ponce, para advertir al abad de parte del privado, que aconsejase al mensajero que le había mandado el monarca, que obrara este un ejemplar castigo con los principales nobles que llevaban el reino revuelto, el conde Arnaldo, que como saben nuestros lectores, era el portador de tal mensaje, hacia más de dos horas que había partido de la ciudad, acompañado de un brillante escuadrón de hombres armados.

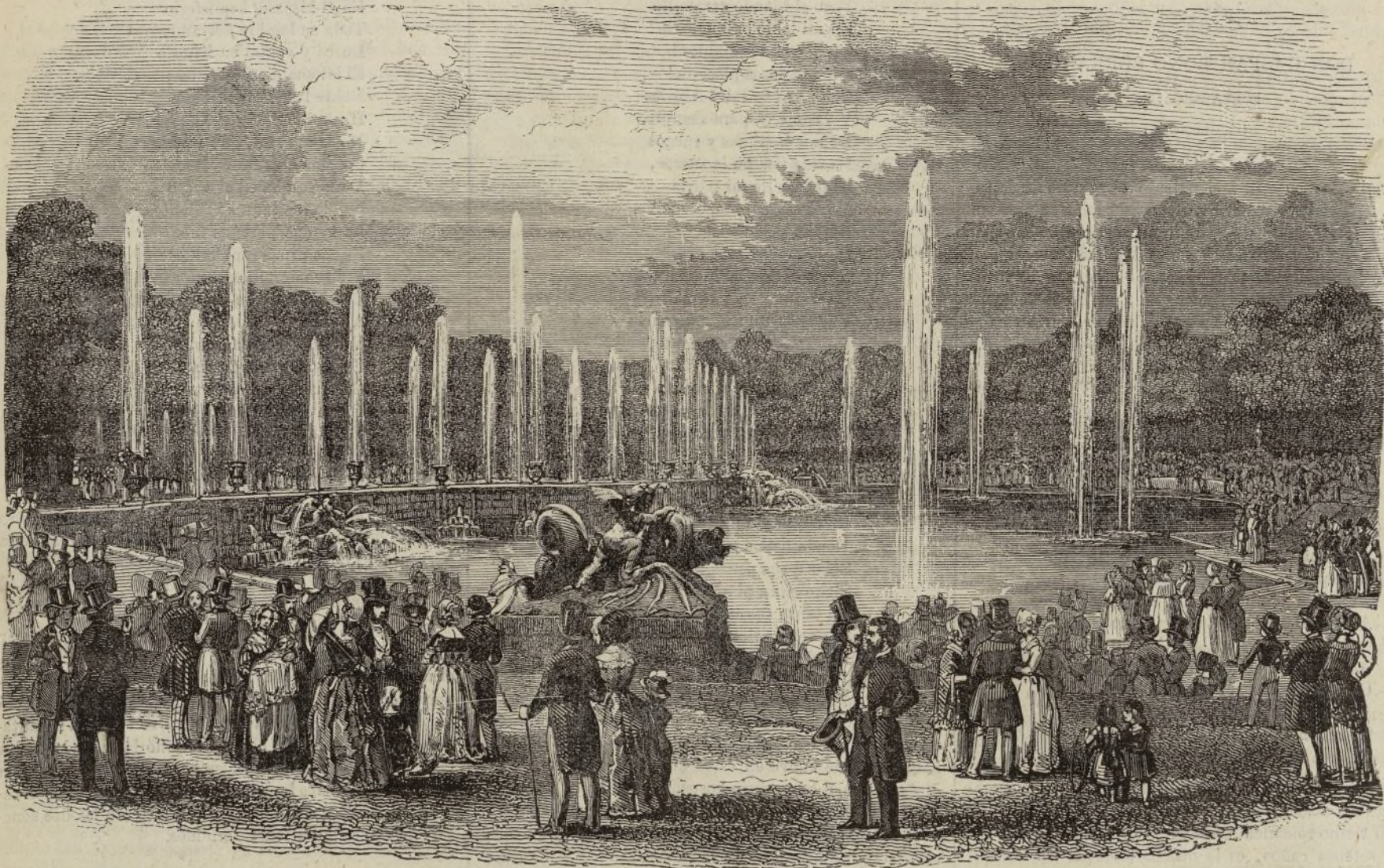
Sin novedad ninguna recorrió el de Pardo la primera jornada de su viaje, pero al anochecer, cuando ya se disponía á internarse en una espesa selva por la que atravesaba el camino, fué sorprendido por unos malhechores que habían hecho de ella teatro de sus fechorías, los que al ver á un tan gallardo y apuesto caballero, no dudaron en secuestrarle, codiciosos de obtener por su rescate alguna fuerte cantidad de monedas de oro.

D. Ruy Perez al verse atacado, se defendió bizarra-

garon con sus vidas su valiente comportamiento, más los restantes así que vieron caer á Hernan, huyeron despavoridos.

El jefe de los bandidos registró las vestiduras de Hernan, y con sorpresa al par que contento, se apoderó de los documentos que éste llevaba encima, entre los que se hallaban el billete de Monteagudo y el mandato de prision que ya conocen nuestros lectores.

Después que los hubo leído repetidas veces, comprendió la infame intriga que por una casualidad, quizás providencial, estaba él destinado á desbaratar, y su corazón de bandido, muerto hacia muchos años para todo sentimiento noble y levantado, le inspiró una idea generosa. Sabía, pues en el pueblo se comenta todo lo que se relaciona con los primeros hombres del reino, los amores que el duque de Atares había tenido con doña Inés ántes de su enlace con el rey Monge; no ignoraba tampoco los torpes deseos y la loca ambición del de Monteagudo, así es que determinó hacer llegar á manos



LOS JARDINES DE LA GRANJA.

pues de haberle besado la mano respetuosamente, como era costumbre en aquellos tiempos, y haber recibido del mismo la paternal bendición, le expuso el objeto de su viaje.

Fray Frotardo oyó impasible la relación del conde, sin levantar la vista de su libro, y como algunos momentos después de haberse enterado del mensaje del rey, permaneciese meditabundo sin dar contestación alguna, el conde, algo impaciente, se atrevió á preguntarle:

—Y bien, reverendo padre, ¿qué contestación daré á su alteza?

—Seguidme,—fué por el pronto su única respuesta,—y frío, silencioso, fija siempre la vista en su libro de oraciones, comenzó á andar seguido del conde, por algunos de los sombríos é imponentes claustros del monasterio, y penetrando en el jardín, comenzó á tronchar con una vara de fresno que llevaba en su diestra, todas las plantas más crecidas y lozanas, diciéndole al conde al mismo tiempo:

—Anunciad al rey que esta es mi única contestación.

El conde Arnaldo comprendió en seguida el significado de aquel enigma, y después de besar de nuevo la mano del reverendo abad, se dispuso á abandonar el monasterio.

Mas apenas se disponía á partir, le sorprendió la inesperada visita de cinco hombres armados que en medio de ellos llevaban preso á un apuesto caballero que les seguía de muy mal talante.

Aquel caballero era D. Ruy Perez de Pardo. Hé aquí lo que había sucedido.

mente, pero viajaba sólo, y rendido de cansancio sin esperanza de ser socorrido por nadie en aquel desierto sitio, no pudo menos de rendirse.

Los bandidos le hicieron ir á una cueva inmediata, y allí le despojaron de cuantos objetos de algun valor llevaba, que eran por cierto bien pocos, atendido que en aquella época de intestinas luchas, no era ciertamente el oro el principal atavío de los nobles, sino el acero de la luciente malla.

Dos días permaneció D. Ruy en aquel sitio custodiado continuamente, cuando al amanecer del tercero oyó un rumor que procedía del cruzar de los aceros en la inmediata selva, y minutos después vió al jefe de los bandidos que conducía á un hombre, al parecer plebeyo, con el rostro ensangrentado, el cual al llegar junto á la cueva apretando su mano derecha sobre una herida que tenía en el pecho de la que manaba abundante sangre, espiró diciendo:—La Virgen me valga!

D. Ruy Perez al ver caer muerto aquel hombre, no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa, pues había reconocido á Hernan, el paje del de Tizon, y un terrible pensamiento cruzó veloz por su cerebro. El muerto era efectivamente Hernan, que al dirigirse con cuatro hombres de armas al monasterio de San Ponce, fué también sorprendido por los malhechores, y á pesar que se batió con denuedo, tuvo la mala suerte de caer del caballo al recibir una cuchillada en el rostro, lo que dió ocasión á que le atravesase de una estocada otro de los bandidos al dar su cuerpo en el suelo. De sus compañeros, dos pa-

del rey aquellos documentos que bien claramente revelaban la inocencia de la reina y la culpa del favorito. Además el aventurero era entusiasta admirador de la belleza y virtudes de Doña Inés, pues en su juventud y ántes que una desgraciada aventura le hubiese lanzado en el camino del crimen, había servido de escudero en casa de los padres de la reina.

Perplejo durante algunos minutos permaneció el bandido, pensando cómo haría llegar á manos del monarca aquellos documentos; pero de súbito recordó que el conde Arnaldo había pasado tres días ántes por aquel camino en dirección á San Ponce de Tomeras, seguido de una brillante escolta, y en seguida determinó ir en su busca. Acto continuo mandó á cuatro de sus camaradas llevasen custodiado á D. Ruy Perez, al que, desde el instante de saber el contenido de los documentos de Hernan creyó culpable, con objeto de entregárselo al mensajero para que lo pusiera á disposición de su alteza el rey.

Efectivamente, después de algunas cortas jornadas, el bandido acompañado de D. Ruy Perez y sus cuatro compañeros, llegó al monasterio á tiempo que como llevamos dicho, el conde Arnaldo se disponía á regresar á Huesca.

El bandido entregó á éste su prisionero, junto con los documentos que había hallado á Hernan, le indicó las sospechas que recelaba, á juzgar por aquellas pruebas que había puesto en su poder, sobre la infame conducta del privado, y le suplicó por fin rogase á la reina le



Pl. 166.

1672

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim II, 3

Ayuntamiento de Madrid

concediera el perdón de él y sus compañeros, cuyas cabezas estaban pregonadas, á cambio del importante servicio que le hacía.

El conde le ofreció cumplir sus deseos, y por un exceso de caballerosidad, dejóle libre lo mismo que á su gente, y en seguida partió precipitadamente á la corte, deseoso de pisar cuanto antes los salones del alcázar, para impedir los deseos del de Tizon.

Llegado á Huesca, sin perder tiempo se presentó á su alteza, y después de participarle la respuesta del reverendo abad, puso en sus manos las pruebas que le había dado el bandolero, enterándole al mismo tiempo de la providencial aventura que le había hecho descubrir tan miserable intriga. El rey leyó por dos veces aquellas pruebas que acreditaban la infamia del favorito, y gozoso tanto al ver la inocencia de su esposa como la lealtad del de Atares, no titubeó en conceder el perdón que había solicitado el jefe de los malhechores.

Terminada la conferencia, el conde Arnaldo salió de la cámara del rey, al mismo tiempo que penetraba en ella el paje que había mandado Don Pedro Tizon, para rogarle al monarca se dignase bajar á uno de los departamentos del alcázar, á ver la campana que había fabricada en su obsequio.

El resultado de esta visita ya lo conocen nuestros lectores.

Sólo debemos añadir, que cuenta la tradición, que como se oyese desde el aposento de la reina los lamentos del conde de Monteagudo al ser decapitado por el verdugo, Don Ramiro, que deseoso de pedir á su esposa le perdonase por haber dudado de ella, entraba al mismo tiempo en el mencionado aposento, exclamó:

—*Ya suena la campana, (1) esposa mía, el conde de Monteagudo no volverá á molestaros.*

IX.

Con la muerte del favorito y de los principales rebeldes, cesaron por algún tiempo las intestinas contiendas que tenían en continuo peligro al reino de Aragón. La nobleza y el pueblo temiendo á la justicia del rey Monge no pensó durante su reinado con nuevas rebeliones, ántes al contrario, agrupándose alrededor de la corona fué el más seguro baluarte que la defendió de los ataques de los moros y castellanos.

El rey, agradecido al conde Arnaldo por el señalado servicio que le había hecho, quiso concederle su privanza, pero éste la rehusó generosamente pidiendo sólo en cambio, le otorgase el perdón de Don Ruy Perez de Pardo, el que como es de suponer le fué concedido.

X.

En el día, si alguno de nuestros lectores, visita la Universidad de Huesca, el cicerone que le acompañe le enseñará en uno de sus departamentos un salón abovedado, y luego de referirle en pocas palabras la tradición que hemos tenido el gusto de narrar, añadirá señalándole al mismo tiempo con uno de sus dedos el centro de la bóveda:

—Mire V. esa es la campana de la venganza.

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

EN GLOBO DE PARIS Á NORUEGA.

(Traducción del Monde Illustré).

(Continuación).

Sólos, sin víveres, ni ropa y en tierra desconocida cubierta por completo de nieve, y expuestos á la inclemencia de una temperatura glacial, se vieron los dos célebres viajeros, tratando en vano de descubrir cualquier objeto que les sirviese de guía, pues sólo nieve es lo que por todos lados divisaban sus fatigados ojos.

M. Rolier, acordándose de que en las comarcas boreales, la parte sur, generalmente, es la más poblada, consultó su brújula, que había tenido la precaución de con-

servar, y sin dilación emprendieron el difícil descenso de una montaña, en cuya cima se hallaban cayendo y levantándose á paso en hondonadas casi verticales, cubiertas por 60 centímetros de nieve, y en las que á veces desaparecían por completo, no pudiendo luego hallar el agujero que habían hecho al hundirse, sino después de mil dificultades que podían salvar, y agarrándose á algunas ramas que por casualidad encontraban.

Cansados de tantos trabajos, se detuvieron algunos instantes para tomar aliento, y vieron pasar por delante de sí tres lobos de grandes dimensiones, que les obligó á sacar sus cuchillos y saltar á un árbol, pero éstos habían ya desaparecido, no siendo este primer encuentro nada tranquilizador para nuestros desgraciados viajeros, y repuestos un poco de esta fuerte impresión, continuaron su

puerta y reconocido el terreno, poseídos de la mayor alegría y como si fuese en muelle lecho de plumas se echaron en el heno, hundiéndose en él por completo. Al principio M. Rolier no podía recobrar el sueño, produciéndole la fiebre un temblor continuo, más el calor poco á poco le produjo la reacción, disminuyendo ésta; pero mil pensamientos á cual más horribles se apoderaron de él, entristeciendo su espíritu agobiado por tantas fatigas como había sufrido en las treinta horas que hacía que habían dejado á París, y contemplando su situación en toda su gravedad, temía por el día siguiente, al verse abandonados en unas áridas y heladas montañas, en medio de osos y lobos y sin pan, calzado ni vestidos que ponerse! Pero el cansancio rindió su exaltado cerebro, y un sueño pesado y agitado se apoderó de él. Después de

seis horas, su compañero que hasta allí había combatido con el natural sopor que trataba de embargar sus sentidos, para poder estar siempre en acecho, le despertó debiendo M. Rolier á su cuidado el encontrarse salvo, y poder admirar al despertarse, los brillantes rayos de una aurora boreal, que ha través de ligeras nieblillas esparcía por todos lados su extraño resplandor, pero en vano trató de luchar con el sueño, pues este le venció al fin durmiéndose de nuevo y no despertándose hasta cerca de las seis de la mañana.

A esta hora, y ya levantados y poseídos de ese fervor que siente el corazón humano cuando sólo y abandonado conoce claramente que sólo el poder de Dios es el que le saca á salvo de innumerables peligros, les hizo elevar plegarias á la Virgen, dándole gracias por su eficaz protección, y todavía no habían terminado, cuando una parte del techo cayó á sus pies, viéndose de pronto inundados por un sol radiante que al elevar sus miradas les permitía contemplar un cielo claro y diáfano, salpicado tan sólo de ligeras y vaporosas nubecillas. Su toilette no pudo ser mas breve, sacudieron su ropa, frotáronse la cara y manos con la nieve, y llenándose los bolsillos de yerbas secas para poder engañar un tanto el hambre, emprendieron la marcha con gran trabajo por estar el camino cubierto de hielo; más las horas pasaban sin presentarse ningún ser humano, y sus estómagos, que no habían tomado nada desde el día anterior, empezaban á hacer serias reclamaciones, y tanto por esto como por los esfuerzos que continuamente se veían obligados á hacer para no caer á cada momento en los precipicios que les rodeaban, hizo que sus fuerzas comenzasen á desfallecer, obligándoles á pararse y reflexionar si podrían ir más lejos; en esta disposición vieron delante de sí el surco de un trineo que acababa de pasar. Este feliz encuentro les hizo recobrar aliento y entregarse á la esperanza de que pronto terminarían sus infortunios. ¿Pero qué dirección debían seguir y si el trineo que había pasado por aquel sitio



LA JUDIA DE TOLEDO.



ALFONSO VIII RASGANDO EL PERGAMINO DE PRIVILEGIOS PRESENTADO POR LOS JUDIOS.

penoso descenso. Después de tres horas de marcha, Monsieur Rolier, que hasta entonces había ido el primero facilitando de este modo el paso á su compañero, sintió desfallecer sus fuerzas, y que las piernas rehusaban dar un paso. Entonces M. Bezier sostuvo á su compañero, que veía á punto de caer, pero en vano trató de conducirlo, ni siquiera mantenerle en equilibrio, porque el aeronauta cayó sin sentido al suelo. En tan angustiosa situación el frío hubiera concluido con él si M. Bezier haciendo un supremo esfuerzo, no le hubiese subido á un gigantesco árbol y colocado entre dos de sus más gruesas ramas, que cargadas además por una enorme cantidad de nieve, se inclinaban hacia la tierra. M. Rolier, á pesar del viento glacial que corría, no tardó en dormirse, mientras que el franco-tirador se fué á investigar el terreno.

Al cabo de un cuarto de hora vino á despertarle, comunicándole un gran descubrimiento que había hecho, y que sin duda les permitiría pasar la noche un poco resguardados del frío cada vez más intenso. Ayudado Monsieur Rolier por su compañero llegó hasta el objeto descubierta, y pudo ver una medio arruinada cabaña (rogstue), cuya techumbre había cedido en parte al peso de la nieve y de los años. Entrado en ella sólo hallaron unos montones de heno, y después de haber atrincherado bien la

sería uno de caza? Estas fueron las dudas que muy pronto vinieron á nublar su alegría, pero después de examinar las huellas de las herraduras de los caballos, resolvieron continuar el descenso de la montaña, y á los tres cuartos de hora, tuvieron la dicha de descubrir en el fondo del valle una pequeña cabaña medio sepultada entre la nieve. Las pulsaciones de sus corazones, no podían casi contarse, y el gozo, dando alas á las piernas, hizo que en diez minutos descendiesen del todo, y se encontrasen á muy corta distancia de la cabaña, que pudieron ver perfectamente.

RICARDO DE VILLASEÑOR.

(Se continuará.)

LOS JARDINES DE LA GRANJA.

Várias veces hemos ofrecido en nuestros grabados, vistas de estos deliciosos jardines, rivales de los de Versalles.

Ahora que se acerca la primavera, coronada de flores, ahora que nuestras bellas empezarán ya á proyectar sus escursiones veraniegas, no queremos dejar de recordarlas ese paraíso de frescas auras, de sombras misteriosas y

(1) Histórico.

agradables. Cuando el sol de Julio calcina la tierra, sus frescos y risueños bosquecillos brindan solaz y encanto al alma fatigada. Allí, en aquellas augustas soledades, al compasado rumor del viento y de las aguas, al seductor arrullo de los amantes pajarillos, parece que el espíritu se dilata y recobra un vigor inusitado.

No es sin embargo, la soledad tan absoluta, que no pueda buscar distracciones quien las solicite, pues suele ser el punto de reunion de las personas de la buena sociedad de Madrid, y si anhela asistir á ruidosas fiestas populares, es imposible que halle en ninguna parte cuadro tan animado y bullicioso, como el que ofrecen los jardines en el día de San Luis.

Para ver correr las fuentes, acude además de los forasteros, un inmenso enjambre de todos los pueblos cercanos, ataviado con su traje peculiar y primitivo, entre los cuales descuellan los de los señoritos y señoritas de aldeas. ¡Y qué levitas del año uno, qué sombreros antiluvianos, qué vestidos del tiempo del imperio, qué chalecos y qué abrigos! Es un verdadero museo de antigüedades, puesto en alborotado movimiento. Aquellos señoritos y señoritas tiesos, encopetados, que parecen encerrados en sus trajes como en la túnica de Neso, pierden sin embargo la gravedad al primer chorro de agua que sube á enseñorearse del espacio, para volver á caer después en lluvia de menudas perlas. ¡Qué alegría entonces, qué gritos, qué entusiasmos! La multitud corre de un lado al otro, saltando vallados, hollando flores, destrozando árboles, y produciendo no pocas caídas y disputas que amenazan algunas veces tomar un giro trágico.

Esta escena alegre y bulliciosa, es la que hemos procurado representar en el presente grabado.

LA JUDIA DE TOLEDO.

El hombre, dice un filósofo, no es fuerte, no es grande, no impera sobre el universo, sino porque está dotado de la facultad de dominarse y vencerse á sí mismo, de triunfar de sus pasiones y someterse humildemente á las leyes formadas por su propio raciocinio.

Mar de apacibles y sonoras ondas, llama otro filósofo al alma que sabe sujetar sus deseos, y mar encrespado y borrascoso á la de aquel que se entrega á sus desordenados apetitos.

¡Qué comparacion tiene un toro, dice el P. Almeyda, trabajando bajo el yugo á paso lento y mesurado, con el mismo toro fugitivo y suelto, que parece un león desesperado, que arañando la tierra atruena con sus mugidos el aire, y embiste, derriba, hiere, estropea y mata? Pues así son las pasiones, según se las enfrena ó deja libres para que se desborden á su antojo.

¡Quién no conoce la historia de la bella Raquel, que tuvo cautivo durante largo tiempo á uno de los más esclarecidos monarcas, y que pagó al fin con la vida algunos momentos de placer y de efímeros triunfos?

Era el rey de Castilla Alfonso VIII, esforzado y magnánimo, y su alma estaba adornada con las más preclaras virtudes. Habiendo tomado las riendas de un reino cadáver y desmembrado, logró en poco tiempo recobrar la mayor parte de las ciudades que le componían, arrojar á su tío, el rey de Leon, de los linderos de Castilla, y dominar la arrogancia de los moros.

Su desgracia fué, dice el P. Duchésne, que se olvidó de contar sus pasiones en el número de sus enemigos, y una sola le hizo más daño que la liga de los príncipes comarcanos, conjurados en contra suya, y la saña de los infieles. Vió por accidente á una bella judía de peregrina hermosura, y no tuvo valor para apagar el incendio que esta vista levantó en su corazón. Quedó hechizado, y no hizo misterio de publicar sus amores, aunque estaba casado con Leonor, hija de Enrique II, rey de Inglaterra, princesa recomendable por sus esclarecidas virtudes.

Representáronle muchos hombres de juicio y prudencia, que con este culpable extravío degradaba su autoridad, daba mal ejemplo al reino y provocaba contra sí la cólera del cielo; pero su corazón estaba preocupado, y no daba cuartel á otras advertencias que á los gritos de la hermosura cuyos atractivos le habian cautivado el alma por los ojos.

Aprovechando los moros la inercia del rey que pasaba la vida suspirando á los pies de su adorada, unieron sus fuerzas, y juntando un formidable ejército, atravesaron Sierra-Morena, derrotaron á Alfonso, vuelto un instante en sí mismo por la eminencia del peligro, cerca de Alarcos, y corrieron todo el país pillando, quemando, talando, arruinando, matando y cautivando, (1196) de manera que, del floridísimo reino de Toledo, sólo quedó el nombre, la tierra, las ruinas y las cenizas.

Por otra parte, los judíos prevaleciéndose de la pri-

vanza de Raquel, arrancaban cada día al rey nuevas y ominosas concesiones, y era tanta su soberbia, que se complacían en humillar y escarnecer á los grandes de la corte.

Alfonso, batallando entre su deber y su amor, si alguna vez se resistía á sus exigencias, otras, las más, cedía concediéndoles toda clase de inmunidades y privilegios, colmándolos de honores y mercedes.

Para completar tan negro cuadro, veíase á la reina, modelo de esposas y de madres, llorando en apartado lugar el desamor del esposo y la mengua del monarca.

Indignados los castellanos, resolvieron atajar el incendio con sangre, ya que no podía ser de otro modo, y quitaron la vida á Raquel, causa única de tantas desventuras.

Amables doncellitas que abris vuestro corazón á las primeras tumultuosas sensaciones de la vida: velad sobre vuestros sentidos, moderad vuestros deseos, y gobernad vuestras pasiones de modo que como la péndola de un reloj sólo produzca movimientos suaves y acompañados. No olvideis que una chispa puede originar un incendio, que no os será dado atajar cuando os plazca; no olvideis que sólo lo que bien empieza bien termina; no olvideis, por último, que la felicidad estriba en el cumplimiento del deber, y que quien lo huella, sobre vivir entre tormentos, alcanza si no material moralmente el fin de la bella *Judía de Toledo*.

LA CONDESA DE ARACELI.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuación).

CAPÍTULO V.

COMO LO MISMO ENTRA EN UN CONVENTO UN MÉDICO QUE UN GENERAL.

Con la más febril impaciencia esperaba Augusto noticias de Magdalena, y que Sor Angela le cumpliera la palabra de introducirle en el convento; pero habian pasado ocho días sin saber nada, y su inquietud no podía ser mayor.

Mandó un recado al convento, y recibió de Angela la carta siguiente:

«Señor: no crea V. que yo me olvido de la promesa que le hice; estoy pronta á cumplirla, y el no haberlo hecho más ántes consistió en no poder.

Esta noche á las nueve se presentará V. en la portería del convento, diciendo que es el doctor D. Luis Llanos, médico famoso á quien esperamos para curar á Magdalena; V. hará su papel, y á favor de este inocente subterfugio verá V. á mi infeliz amiga.

Adios General: soy su más sincera amiga.

Sor Angela del Pilar.»

Imposible sería describir el júbilo inmenso de Augusto; pues habia concebido por Magdalena una de esas grandes pasiones que se sienten una sola vez en la vida, que todo lo absorben, que todo lo arrasan, y son en fin, un delirio.

Su amor le habia hecho olvidar á Ernestina, cosa que le causaba remordimientos, porque su generoso corazón le ordenaba volar al lado de su hermana, de la que ya sabia el paradero; pero su pasión por Magdalena le retenía en la Coruña á su pesar, y con sonrojo de su cariño de hermano.

A la hora prefijada se presentó en el convento, diciéndole era el doctor Llanos. La tornera le introdujo en la celda de la priora, tía de Magdalena. El General no estaba tranquilo, y un vago terror le acometió al verse en presencia de la religiosa. Sor Luisa de la Purificación era una anciana de 60 años; su presencia digna y respetable respiraba virtud y bondad. Al ver á Ponce de Leon, le dijo con dulzura.

—Señor de Llanos, sólo en V. tenemos ya esperanza para la cura de mi infeliz sobrina; la desgraciada está loca, pero con una locura horrible. Venga V., yo le con-

duciré á su celda y le dejaré con Angela, que es la que no se separa un momento del lado de Magdalena, ni de día ni de noche, y la asiste como una cariñosa hermana. Yo no me atrevo á presentarme, porque una de las manías de mi pobre sobrina es que no quiere verme, y sólo estando dormida entro á informarme de su salud.

Augusto contestó con una respetuosa inclinación de cabeza, sin atreverse á pronunciar una palabra, temiendo que en el temblor de su voz conociese la priora la superchería.

La religiosa condujo prontamente al General á la puerta de la celda de su sobrina, y se retiró.

Augusto se detuvo sin atreverse á entrar. El silencio más triste reinaba en el corredor, la puerta de la celda estaba cerrada, llevó tres ó cuatro veces la mano al pestillo, y luego se detenía estremecido. Le parecía una profanación entrar en un claustro con ideas profanas, y más al lado de una moribunda. Su conciencia pura y honrada, le reprochaba engañar á la priora, y sólo al recordar que Magdalena no era monja, que ninguna impureza habia en su visita, sino el deseo de devolver la salud á la mujer que queria hacer su esposa, le dió valor para entrar, conteniendo con una mano los violentos latidos de su corazón, y con la otra abriendo la puerta.

El espectáculo que se presentó á su vista le hizo exhalar un débil grito, que Angela sofocó, aplicando una mano á su boca y cerrando con la otra la puerta con velocidad. Oh! el cuadro no podía ser más lúgubre!

En un reducido gabinete, alumbrado sólo por un velón de cobre, que esparcía una luz opaca y mortecina, estaba Magdalena acostada en un sencillo catre de caoba. Su palidez era horrible, sus hermosos cabellos caían desgredados sobre sus hombros, y la cubrían parte del rostro. Tenia los ojos cerrados, y los párpados morados é hinchados. En sus crispadas manos estrujaba el antifaz de terciopelo negro, que era su principal manía.

La desgraciada no hacia el menor movimiento, y á primera vista podía creérsela muerta, pero acercándose mucho se notaba un leve aliento, que demostraba que sólo estaba aletargada.

Augusto se acercó, y arrojándose á los pies del lecho, cogió una de las manos de la enferma y la cubrió de besos y de lágrimas.

Cosa extraña! como si el amor ardiente que sentia el general, influyese en el sistema nervioso de la joven, al contacto de sus labios se estremeció, retiró su mano y dijo con voz débil.

—¿Quién llora aquí? ¿Será posible que á mi lado no ha de haber más que seres desgraciados?

—¡Señor, dijo Angela en voz baja, si mi querida amiga le conociese á V., si con este motivo tornara á su razón! Oh! quién sabe si el amor estará destinado á hacer este milagro! Póngase V. delante de ella!

El General obedeció y Magdalena le miró con aire extraviado y soltando un grito, exclamó:

—Angela, Angela! pónme la careta! no quiero que este hombre me vea, porque sería faltar á mi voto y me condenaría!

Augusto y Angela se miraron tristemente, y él dijo con acento de dolor:

—Magdalena! amor mío! No me conoces? mírame! Ah! infeliz de mí! quién me diría que al volver á verte sería de este modo?

Ella murmuraba entretanto con desvarío:

—Irene! Leopoldo! Luis! padre mío!... me llaman... sí, me llaman!... Oh! hermosura fatal, quisiera deshacer el rostro con mis manos, mas, para qué? ya nadie lo verá, no causará más desdichas. Tengo el rostro cubierto con este terciopelo, y desde que me impuse esta penitencia, añadió sonriéndose con extravío, el espectro de Irene me mira con dulzura. El de Leopoldo me dirige miradas amistosas, y mi padre y Luis me bendicen por mi terrible sacrificio! Sí, sí, el Señor bondadoso me otorgará su perdón, pero qué digo? Quiero completar mi sacrificio, quiero ocultarme en el claustro!

Es necesario, es preciso profesar! pero yo monja, nunca, nunca! y mi amor? Augusto, Augusto, ven! Sí, aquí estás! prosiguió con inefable dulzura. Si vieras cuántas cosas tengo que decirte! Ven, ven, pero oh! quién se interpone entre los dos? Ah! Ernestina que me dirige miradas amenazadoras y quiere robarme mi bien, porque yo la he robado el suyo! Compasión, compasión!

Y la infeliz joven, al pronunciar estas palabras, cayó presa de una horrible convulsión.

—Esto es lo de siempre, dijo la monja llorando; mi desgraciada amiga no tiene una hora de reposo. Oh! ¡si Dios no se compadece de ella, más vale que se la lleve á su regazo!

—No, Angela, contestó Augusto con amargura, en cuanto hay juventud y vida, existe la esperanza. Magdalena! gritó acercándose á ella; soy yo! tu Augusto! el

que llamabas hace un momento! Mirame, mírame! aquí estoy!

Magdalena al oír este acento para ella tan querido, se alzó débilmente y murmuró:

—Esa voz! De quién es esa voz? Yo la conozco! Oh! Augusto! Augusto! Eres tú?

Y al decir esto echó sus brazos al cuello del general, y quedó desmayada con la cabeza apoyada en su hombro.

—Me conoció, Angela, gritó él con júbilo; esto es una buena señal!

Sor Angela movió tristemente la cabeza, y dijo:

—Por un momento! No ha sido más que un destello de razón!

En efecto, á los pocos momentos la enferma levantó la cabeza, y exclamó con violento delirio.

—Augusto! márchate, huye de mí! Ernestina te matará si te vé á mi lado! Ah! ¡Ella me aborrece, y con razón! Le hice mucho daño por mi vanidad! No tengo perdón; yo no amaba al conde, se lo arrebaté por orgullo; más á tí te amo, sí, te adoro, te lo juro, eres mi primero y único amor. ¡Oh, no te rías de lo que te digo! ¡Dios mío! ¡Cuánto daño me haces!

—Amigo mío, dijo Angela, esto es fatal; su principal delirio es V. y Ernestina: me parece que no deseará V. ver ya más, y así sería bueno que se retirase.

—Angela, exclamó el General; por compasión déjeme V. estar otro rato.

—Como V. guste, respondió la monja con bondad; con esto en nada ofendemos á Dios.

—Angela, gritó Magdalena con voz convulsiva y aterrada; socórreme! Ernestina se acerca á mí con un puñal en la mano! Irene me perdonó, Leopoldo también, mi padre y primo al ver mi arrepentimiento, me bendicen desde el cielo. ¡Solo ella es implacable, me maldice y separa á Augusto de mi lado!

—Angela, repuso vivamente el General; me parece que Magdalena no está tan enferma como V. cree; su peor mal es la locura, y de ella curará. Las principales manías segun V. me dijo, son el antifaz y Ernestina; el antifaz déjenselo VV. cuanto quiera, y con referencia á Ernestina, ella la verá á su lado dirigiéndola palabras de dulzura y consuelo. La presencia de mi hermana puede hacer mucho bien á Magdalena, y Ernestina vendrá.

—Qué me dice V. general? Y casi... tiene V. razón; si mi pobre amiga viese á su hermana de V. que la consolase y animase, quién sabe si esto unido á su presencia de V. le haría recobrar la razón! Mas ay! Ernestina no la perdonará; está muy ofendida.

—Mi hermana era muy buena, y me quería en extremo; mucho tiene que haber variado para negarse á una súplica mía.

—Señor, las desgracias agrian el corazón más noble; contestó Angela con voz dolorosa. ¡Cuántas he conocido á quien la ingratitud hizo olvidar la bondad.

—No importa, replicó Augusto, mañana mismo la volveré á escribir, rogándola que venga á mi lado.

—Oh! si viene Ernestina, yo hablaré á la priora para que la deje estar al lado de Magdalena, y nuestra amiga querida se mejorará con eso.

—Cuán buena es V. Angela, dijo el General con agradecimiento.

—Magdalena es mi hermana, caballero, contestó con dignidad la monja. ¡Y cuánto me alegraría que V. lo fuese también, casándose con ella!

—Gracias, dijo Augusto enternecido, besando el hábito de la religiosa.

Adios Magdalena, prosiguió. Voy á hacer todo lo posible por salvarte. Adios!

Ponce de Leon salió de la celda llorando, porque la angustia le ahogaba.

En la portería encontró á la priora que le preguntó por la enferma.

—Sigue mejor, respondió Augusto alejándose de prisa.

CAPITULO VI.

CÓMO EL CONDE DE ROSENAL BUSCÓ Á UN ENEMIGO PARA QUE LE AYUDASE Á REALIZAR SUS PLANES.

La posición de Alberto Venaméa, conde de Rosental, no podía ser más desesperada. Conocía que volvía á estar frenéticamente enamorado de Ernestina, y no tenía ninguna esperanza de correspondencia. Aquella mujer que le había amado hasta el delirio, le trataba entonces con la más altiva indiferencia y despreciativo desden. Ella! que sólo para él había tenido amor y palabras de ternura, no sentía á la sazón más que odio y frialdad. En dos años y medio se había obrado en ella la mayor transformación, de niña se convirtiera en mujer, de amante en enemiga, y de ignorada en célebre. Por espacio de

tres ó cuatro días, el Conde dió tormento á su imaginación, para poder salir de su triste estado sin que vishumbrase luz ninguna. No es posible hacer á la fuerza que una mujer ame. Imposible es apropiarse un hijo que ella dice no pertenecer á quien le reclama: además, Alberto no se atrevía á llevar las cosas al último extremo, pues conocía cuán ridículo sería un padre pidiendo un hijo que se le negaba. Luego había otra cosa. Si reclamaba á Ernestina su hijo judicialmente, se haría aún más aborrecible á la poetisa, y él era más amante que padre. Por eso pensó que la dulzura y la paciencia serían el único medio de vencer á la joven, y que al fin acabaría por otorgar un perdón que era su única esperanza. Creyó que la mayor prueba de amor que podía dar á la señorita Ponce de Leon, era hacerse amigo del que lo era de ella, de Suarez. El poeta siempre había sido al Conde poco simpático, pero hizo de la necesidad virtud, y se presentó en su casa. Estéban Suarez era el noble tipo del caballero español del siglo XIII, franco, enérgico y sincero. Acogió á Rosental con nobleza, y conociendo que su arrepentimiento era verdadero, le prometió hacer todos los oficios de un buen amigo. En efecto, Suarez se declaró el más acérrimo protector del Conde, y no pasaba un día sin que agobiase á la poetisa con enérgicas quejas, por su proceder con Alberto; pero Ernestina, con una terquedad inaudita, ningún caso hacia de Suarez, y lo más que lograba el poeta era una sonrisa burlona de la joven, y que le dijese: «Querido amigo: en todo sigo los consejos de V., pero en esto me permitirá que me deje llevar de los impulsos de mi corazón.»

Suarez se desesperaba al ver que nada conseguía, y llamaba á Ernestina, terca, caprichosa y odiosa: pero ella se sonreía, y de ese modo no era fácil seguir la discusión.

El poeta era buen diplomático, y creyó vencer á Ernestina con una sorpresa. Para ello se presentó una mañana en casa del Conde.

—Suarez, le dijo Rosental asombrado, ¿qué significa su presencia de V. tan de mañana en mi casa?

Estéban movió la cabeza y respondió alegremente:

—Tengo un pensamiento que nos dará buen resultado.

—Y qué es ello? preguntó el Conde anhelante.

—Que V. y yo vayamos á ver á Ernestina; yendo usted conmigo podrá hablarla, y yo la predicaré más que un misionero, á ver si puedo reducir á la rebelde niña.

El Conde hizo un gesto de desaliento y se quedó silencioso.

—Amigo, repuso Suarez riéndose, es V. en extremo cobarde, y no logrará nada. La fortuna es de los audaces.

—Si viese V. como me trató la única vez que la ví! contestó Alberto tristemente, salí de su casa delirante, ahogado, loco.

—Bah! entonces era un desahogo muy natural, pues le hablaba á V. por primera vez, desde que la había dejado, y seamos francos, Conde, Ernestina tenía hartos motivos para manifestarse quejosa.

—Sí, es verdad, pero seguir en ese rencor?

—Los hombres somos en extremo injustos, dijo con gravedad Suarez, engañamos á las pobres mujeres, hacemos de ellas un juguete para nuestros caprichos, y si alguna vez, heridas en su amor y en su dignidad, se manifiestan ofendidas y nos rechazan, las llamamos rencorosas é injustas. Conde, á V. le parece Ernestina odiosa, y ella cree á su vez que el desprecio que á V. manifiesta nada vale en comparación de lo que sufrió.

—Excelentes consuelos me da V. amigo, dijo Alberto enojado, debiendo animarme, me debilita!

—Soy imparcial, y nada más, contestó con dulzura Estéban; pero para qué nos ocupamos de inútiles digresiones? vístase V. y vámonos á casa de nuestra poetisa.

—Al instante; en un segundo me visto. Tenga V. la bondad de esperar un rato.

—Poco á poco, amigo mío, dijo con acento burlon Estéban, vístase V. con calma y procure sacar el partido posible de su bella figura.

—Será posible! Siempre ha de estar V. de broma, murmuró con disgusto el conde.

—Pues bien, con formalidad, dijo Suarez gravemente, repito á V. que procure arreglarse lo mejor posible. Las mujeres, por ofendidas é irritadas que estén, nunca dejan de reparar en el buen gusto del atavío, ni en la elegancia del que lo lleva.

—Suarez, Ernestina no es una mujer vulgar.

—Ciertamente, pero es mujer, y con eso le digo á usted bastante.

—Seguiré sus consejos de V., dijo Alberto.

Saludó á Estéban y se dirigió á vestirse, volviendo al poco rato.

E. FELJÓO Y DE MENDOZA.

(Se continuará.)

EXPLICACION DE LA PRECIOSA LÁMINA ILUMINADA

que representa las labores más caprichosas y elegantes, y que se reparte únicamente á las Sras. Suscriptoras del *Rio de la Plata* que se abonen en la *Librería Nacional* de Montevideo y *La Publicidad* de Buenos-Ayres.

No habiendo sido posible dar su explicación en el número 14 del *CORREO*, correspondiente al 10 de Abril, con el cual se repartió, nos apresuramos á ofrecerla hoy á nuestras suscriptoras.

1. *Ramo de flores de lana*, compuesto de una amapola, una rosa amarilla y una estrella, mezcladas con yerbas disecadas y hojas de papel ó tela, que se compran hechas.

Estas flores están destinadas á llenar la canastilla número 4.

2. *Ramo de flores de papel*, destinado á adornar la jardinera núm. 5—Repetidísimas veces hemos dado la explicación acerca del modo de hacerlas, por lo cual la omitimos ahora considerándola inútil.

3. *Silla bordada*.—Se ejecuta á punto cruzado largo, sobre cañamazo de un grueso mediano. Cada punto coge dos hilos á lo ancho y 4 á lo alto, debiéndose ejecutar con lana no muy delgada para que no se descubran los hilos.

4. *Canastilla para frascos*.—Es de junco, cubierta por dentro de cachemir verde, con fondo oatado, de 3 cents. de altura en el centro. Contiene siete frascos con distintos perfumes, tapados con corcho, y encima una rosa, una violeta, ó cualquiera otra flor que simbolice el perfume que contiene, y que se adapta con un alfiler. Los espacios vacíos se rellenan con musgo natural ó hecho de lana, completando el adorno con algunas yerbas secas, espigas, etc.

5. *Jardinera*.—Es de junco barnizado, y forman su adorno ricos lambrequines con aplicaciones de terciopelo, enramado de seda color castaño, matizado de muchos tonos y motivos bordados con oro y seda amarilla.

La parte superior de la jardinera consiste en un círculo, al cual se adapta el vaso de vidrio ó porcelana que contiene las flores de papel y que se rellena también de musgo.

6. *Pantalla*.—Tres ó cuatro hojas de papel de hacer flores y un paquete de musgo disecado, bastan para hacer esta lindísima pantalla, que representa una rosa. La armadura consta de tres cercos y seis varillas encorbadas, el de abajo de 18 cents. de circunferencia, el de arriba de 30 y el de enmedio de 48; las varillas tienen cada una 14 cents. de largo. Se cubre de tul de armar, sujetándolo de arriba y de abajo de modo que parezca un globo y que quede el tul muy estirado.

Para cortar los pétalos se dobla el papel doce veces; para todo se necesitan diez docenas. El borde de los pétalos, recortado, se riza pasándolo por encima de la hoja de un cuchillo. Los pétalos se cosen al tul ó se van pegando con goma, poniendo los órdenes contrariados. Después de haber cubierto la pantalla con diez ó doce órdenes de pétalos, se cubre la parte superior con algunas tiras de papel puestas las unas sobre las otras, cortadas en fleco y rizadas. Las ramas de musgo que atraviesan los pétalos, se fijan á las varillas y se cosen al tul. El pie va también cubierto de musgo.

7. *Lámpara veneciana*.—Es una imitación de pintura sobre vidrio. El modelo está copiado de una verdadera lámpara veneciana. El pie, el cerco y la anilla superior son de cobre; uno de los costados, abriéndose, deja ver el espacio en donde debe colocarse la vela. Los seis vidrios van decorados con pedacitos de seda pegados, que forman mosaico.

8. *Tapete de mesa*.—Fondo de paño negro, con aplicaciones de paño leonado y motivos bordados con sedas castaño, verde y encarnada.

9. *Almohadon para sofá*.—Es de terciopelo amaranto, con aplicaciones de paño, bordado de fantasía y al pasado y con cordoncillo.

10. *Almohadon para sofá*.—El almohadon va cubierto de raso azul y adornado con un fondo de terciopelo negro y aplicaciones de paño blanco y terciopelo negro. Se dibujan los contornos con soutache de oro y se borda con seda verde y encarnada de muchos tonos, seda azul é hilillo de oro. Puede constituir un lindo regalo de boda.

Explicacion del Figurin 1072.

FIG. 1.^a—*Traje de casa para señora de edad*.—Bata forma Princesa, de cachemir verde, forrada de tafetan verde claro, y adornada con una tira de piel, que se puede sustituir con biés de cachemir de tono más oscuro. Botones verdes con borlas, también verdes, cosidas por debajo. Cofia de muselina adornada con cintas verdes. Cuello y puños de muselina y encaje. Rica enagua bordada.

FIG. 2.^a—*Traje para recibir en casa*.—Traje de foular malva. Un biés de raso de tono más oscuro divide en dos, el volante, picado por ambos lados de la falda, y sirve de cabeza al volantito de la túnica, cuyo adorno se completa con un fleco de seda. El mismo adorno realza la manga ancha, y dibuja berta sobre el cuerpo. Corbata de lo mismo. Mangas y camiseta de muselina blanca bordada. Este traje, tan sencillo como elegante, es muy á propósito para una joven.

VARIEDADES.

LOS MINEROS.

De todas las condiciones humanas, la más triste sin duda alguna es la de los mineros, más miserable aún que la de los esclavos, pues éstos pueden al menos ver la luz del sol y gozar de los encantos de la naturaleza, mientras los mineros pasan su vida sumidos en una noche lóbrega, respirando un aire mofético, y expuestos sin cesar á mil peligros. El hombre codicioso, no satisfecho con los tesoros que la tierra le ofrece en su superficie, desgarrá sus entrañas para buscar el oro y la plata sepultados en su seno. Ah! si todos los brazos que se emplean en arrancar á los peñascos su tesoro, se empleasen en fecundar los desiertos páramos, las sábanas incultas, cuánto mayor beneficio reportarían á la agricultura y al bienestar de los pueblos! Pero el hombre desdeña los bienes materiales que se hallan á su alcance, así como el alma desprecia la dicha apacible y sencilla, para correr detrás de venturas turbulentas é imposibles.

Esparcidas por toda la superficie del globo, se encuentran minas de plomo, de arsénico, de cobre, de hierro, de plata, de oro y de diamantes.

Esta piedra preciosa se halla en mayor abundancia en la India y en el Brasil. En 1678, dice un ilustrado viajero, había en el reino de Golconda 20 minas abiertas y 15 en el de Visapur, siendo preciso, sobre todo en las primeras, cavar á la profundidad de 40 ó 60 brazas, para llegar á una capa de tierra en donde se hallan los diamantes.

Hermosas niñas, cuando os atavéis con vuestros aderezos de piedras preciosas engastadas en plata y oro, acordaos de los infelices mineros, que por conquistarlas viven privados de la luz, del perfume de las flores, de las armonías de la naturaleza, y rogad á Dios por ellos y por sus tristes hijos.

La distinguida pianista doña J. Lopez, que hemos recomendado recientemente á nuestras suscriptoras, por la maestría con que posee el difícil arte de la música, acaba de publicar un precioso himno popular para canto y piano, que ha valido á su joven autora los plácemes más sinceros y entusiastas. Dicho himno se vende en casa de Don José Antonio Lopez, Director de la *Lira*, Barrio de Salamanca, Serrano, 68, cuarto 4.º derecha.

CORRESPONDENCIA.

Una suscritora.—Puede V. dar libertad al prisionero con toda confianza, y realizar su pensamiento. El tiempo que debe trascurrir para pagar visitas de invitación y cumplido, debe calcularse por el deseo de estrechar más ó menos las relaciones. El término medio es de quince días. Puede V. utilizar como velo la toquilla, colocándola como habrá V. visto en el grabado 22 del número del 2 de Abril. Los niños suelen abandonar el trajecito largo á los seis años.

Entre mis lilas.—Este verano se llevarán todavía los trajes bordados con soutache; pero empieza á calmarse su boga. Si se hace V. un traje ó abrigo nuevo, es preferible que lo borde á cadeneta y al pasado. Los guipures se llevan más que los flecos.

Delante del espejo.—Si tiene V. como dice el cutis borroso no debe V. hacer uso de los polvos de arroz ni de almidon, sino lavarse con agua fría y emplear la veloutine al bismuth. La glicerina y las cremas frías, son el mejor preservativo contra las arrugas y la sequedad de la

piel. También es muy bueno lavarse con malvavisco, y crema de leche.

A una novia.—Son regalos muy á propósito para su objeto los ricos sachets perfumados, los abanicos, los neceseres de viaje, las sombrillas, los aderezos, pero yo le aconsejo á V. como mayor novedad una peineta española indispensable hoy para completar el tocado de una novia.

Una joven esposa.—Es imposible decir fijamente la última palabra de la moda, tan sujeta á cambios bruscos y repentinos. Los cuerpos tienden á llevarse más largos y esbeltos, para lo cual debe preferirse al corsé la cintura regente. Dirijase V. á Mad. Grand, plaza de Celenque, núm. 1, Madrid, y verá satisfechos sus deseos.



LOS MINEROS.

M. L.—Mil enhorabuenas. La aconsejo á V. un vestido de foulard verde agua, adornado con muchos volantitos rosa en forma de hojas. Mantelita blanca de muselina ó crespón, con escarolados de lo mismo y bieses del color de la tela. Sombrero redondo de faya blanca, guarnecido con una corona de rosas.

Q. R.—Barcelona.—Nuestra especial atención se cifra en la economía. Queremos que EL CORREO DE LA MODA sea un periódico de utilidad en el seno de las familias, y por lo tanto nada ha podido complacernos más que los elogios que nos tributa en este sentido. Si tiene V. vestidos de seda deslucidos, rosa, malva, ó de cualquiera otro color claro, compre V. el vestido de foulard Pompadour, fondo blanco ó negro, y adórnelo V. de volantitos sacados de los pedazos buenos de cualquiera de los vestidos viejos antes mencionados.

L. P.—Sevilla.—Dirijase V. á la Catalana, Directora de la Perfumería universal, Plaza de Topete, 15, y quedará V. perfectamente servida.

LA YEDRA REPRESENTA LA AMISTAD.

En Grecia el altar de Himeneo estaba adornado de yedra; se presentaba una rama á los nuevos esposos, como símbolo de una unión indisoluble. Las Bacantes, el anciano Sileno y un Baco se coronaban de yedra. La perpétua verdura de sus hojas era para esta alegre corte el emblema de una constante embriaguez. Se ha representado también algunas veces á la Ingratitud bajo la forma de una yedra que ahoga y seca al árbol que la sostiene.

**

QUEMADURAS.

Una curiosidad para los fumadores, que son muchos. Ocurre frecuentemente, al encender un fósforo, el lastimarse la punta del dedo, que da un vivo dolor, y que á veces envenenada la pequeña llaga que produce ha dado lugar á desgracias lamentables. Pero segun dice el *Semaphore* de Marsella, la ciencia acaba de encontrar el medio de neutralizar la pequeña cantidad de fósforo que queda en la parte lisiada, aplicando á la misma agua de sal, ó sea el *cloruro sódico*. Basta, pues, cuando uno experimente la quemadura de un fósforo, sumergir los dedos en agua salada para evitar inmediatamente todo el peligro y el dolor.

**

MADERAS AROMÁTICAS.

Las maderas aromáticas, tales como el palo de rosa ó de Rodés, el cedro, el ciprés, tienen una duración prodigiosa. Las puertas de Constantinopla, construidas con esta última madera, estaban aún en pie en tiempo del pontificado de Eugenio IV, es decir, 1100 años después de haber sido construidas.

**

EL TABACO.

Esta planta fué introducida en 1569 en España y Portugal por Fernandez de Toledo. Se cree que debe su nombre á que las primeras importaciones que se hicieron fueron de la isla de Tabago, una de las Antillas que está poco distante de la costa de Venezuela. Por mucho tiempo se le ha llamado *nicotina* y *yerba de la reina*, porque Nicot, embajador de Francia en la corte de Portugal, la llevó á su regreso de Lisboa, á Catalina de Médicis. Los salvajes de América fueron los que enseñaron á los europeos á fumarlo y á mascararlo; pero el uso del polvo es europeo, y pertenece principalmente á la Europa occidental.

**

Soluciones á la charada inserta en el núm. 14 del CORREO por las señoras Doña Dolores Sendra, de Tarragona; Doña Francisca Rocafort y Doña Dolores Burcet, de Marín; Doña Eulalia Martinez, de Barcelona; Doña Federica Oltre, de Bilbao; Doña Faustina Saavedra, de Granada; Doña Antonia Piera, de Valencia; Doña Dolores Aróstegui, de Bilbao; Doña Carmen Arribas, de Valladolid, y D. José Sastreño, de Lorca.

PITONISA.

CHARADA.

En la primera y la cuarta
Se dice el nombre
De una máquina fuerte
Util al hombre.

Y en prima y terciá
Lo que al mismo conviene
A su existencia.

Prima, tercera y cuarta
Cubre en gran parte
Una de nuestras diarias
Necesidades.

Y hasta tal punto,
Que de sus desperdicios
Hacemos uso.

El todo es necesario
En grandes pueblos,
Por la clase é importancia
De su comercio.

Pues pocos pueden
Prescindir de comprarles
Lo que él les vende.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid 7 de Abril de 1873.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende á 6 rs., y bastará enviarlos á esta Administración para recibirla franca de porte.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI,

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION.

Los que no siembran no cogen, novela de costumbres, que forma un elegante tomo, 6 rs.

Las riquezas del alma, dos tomos, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

Para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA, 8 en Madrid y 10 en Provincias.

Coleccion de poesías, un tomo, 10 rs., y 5 para las señoras suscriptoras á EL CORREO DE LA MODA.

También se halla de venta el *Tratado de Labores* ilustrado con preciosos grabados, y cuyo precio es 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, franco de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).